

# Nos veremos en París

Por Miguel MUÑOZ DE SAN PEDRO (†)

(Conde de Canilleros)

**N**OS veremos en París. Pienso hacer una excursión en el próximo otoño, por las mismas fechas que usted. Creo que fue lo último que le oí decir a Valle Inclán. Yo le había hablado de mi propósito de ir en octubre a la capital francesa. La posibilidad de coincidir con él, me agradaba. Antes de conocerle, ligué su figura a aquella ciudad y sus alrededores, a causa de los versos de Rubén Darío:

«Versalles autumnal, una paloma, un lindo mármol; un vulgo errante, municipal y espeso...»

Conocí a Valle Inclán en Madrid cuando ya tenía los sesenta años, pues era en 1926 y él había nacido en Villanueva de Arosa, en 1866. Me lo presentó el conde de Rodezno, en *La Granja el Henar*, uno de los tantos típicos cafés desaparecido, que estaba en la acera derecha de la calle de Alcalá, bajando de Cedaceros hacia Cibeles.

Don Ramón era de vieja cepa carlista, igual que Rodezno. Ambos tenían también actividades literarias. El conde me habló mucho de Valle Inclán, antes de presentármelo. Sentía por él sincera admiración, compartida por mí.

Durante unos cuantos años, vi al gran escritor algunas veces, en el citado café y en el también desaparecido de *El Gato Negro*, en la calle del Príncipe, junto al Teatro de la Comedia. Literatura y carlismo fueron siempre los temas, salpicados muchas veces de exaltación o de hipérbole, a lo que tan dado era don Ramón.

El trato me fue haciendo conocer sus genialidades, su fantasía desbordada. Presencí una representación en el Teatro Fontalba, en

la que, frente al público, que aplaudía la comedia, golpeando fuertemente con el bastón en el suelo. Valle Inclán gritó:

— «¡Muy mal, muy mal!»

Una vez le pregunté por Rubén Darío, al que yo no conocí. Me compendió sus impresiones en este breve comentario:

— Gran poeta y gran amigo. Bebía demasiado.

En una de aquellas tertulias, referida por Rodezno y comentada por Valle Inclán, oí la siguiente caballeresca anécdota de las guerras carlistas, que no he olvidado nunca:

Tras el fracaso del carlismo en su intento de 1860, los generales Cavero y Elio quedaron prisioneros, indultándolos la Reina Isabel II, bajo palabra de honor de no volver a luchar contra ella. En 1874, al surgir la otra contienda dinástica, entre Carlos VII, duque de Madrid, nieto del primer pretendiente, y Alfonso XII, hijo de Isabel II, a Cavero y Elio se les planteó el problema de si la palabra de honor empeñada con la madre, alcanzaría a no luchar contra el hijo. Fueron con sus escrúpulos a don Carlos, el cual, aun haciéndole mucha falta tan buenos generales, opinó que en tan delicado asunto sólo podía decidir su primo don Alfonso, al que escribió la siguiente carta:

«Mis leales generales Elio y Cavero me plantean sus dudas acerca de si les comprometerá contigo la palabra que a tu madre empeñaron en 1860. Estimo que en tan delicado asunto a ti te toca decidir.»

Alfonso XII, al que le hubiera venido muy bien eliminar del bando contrario dos Jefes de tanta valía, siguiendo aquel torneo de caballería, contestó:

«Dí a esos dos grandes caballeros que entiendo que ningún compromiso de honor tienen conmigo que les impida prestar otras juradas lealtades y seguir los dictados de su conciencia.»

De esta manera hacían la guerra entonces los caballeros españoles.

Don Ramón tuvo una vida inquieta y fecunda. Tras de estudiar la carrera de Derecho en Compostela, viajó por Méjico, Argentina, Uruguay y la costa del Pacífico. Había iniciado sus actividades literarias con artículos y cuentos, orientándose luego hacia la novela, campo en el que iba a producir obras tan magistrales como *Aguila de Blasón* y las *Sonatas*, creando en estas últimas su más importante personaje, el Marqués de Bradomín, en el que trató de reflejarse él.

Los matices históricos los puso en *El Ruedo Ibérico* y en los temas de la guerra carlista. Sus comedias se han representado en

estos tiempos más que en vida del autor. Su última fase productora estuvo dedicada al *Esperpento*, farsa realista y caricaturesca al estilo de los *Caprichos* de Goya.

Tuvo en sus últimos años los cargos de Presidente del Ateneo de Madrid, Conservador del Tesoro Artístico y Director de la Academia Española de Bellas Artes, de Roma, en 1933.

En realidad, se llamaba Ramón Valle y Peña, pero hizo su apellido compuesto, uniéndole uno de sus antepasados, pues desde luego era miembro de una familia hidalga. Rubén Darío completó



D. Ramón del Valle Inclán

la sonoridad de la firma, agregándole un segundo nombre, para formar el endecasílabo perfecto: Don Ramón María del Valle Inclán.

En 1915 solicitó la rehabilitación de los títulos nobiliarios de marqués del Valle, vizconde de Viexín y señor del Caramiñal, inexistentes los dos primeros y vinculado el último a los marqueses de Camarasa.

Era una de sus originales genialidades. Otra fue el enfrentarse con la Dictadura, lo que dio lugar a que el general Primo de Rivera publicara una nota en la que se decía que Valle Inclán era tan gran escritor como extravagante ciudadano.

Cuando don Ramón me dijo que nos veríamos en París, por Junio de 1930, sospeché que ni siquiera pensaba en tal viaje, pues conocía su propensión a fantasear; pero como me alegraba la idea,

la admití. ¡Cuánto me hubiera gustado verle en el versalles del *Soneto Autumnal!* Todo él era un otoño impregnado de melancólica poesía. Sus barbas, su silueta estilizada, sus ojos penetrantes, su aspecto de hidalgo en bancarrota. revivían en mí conceptos autumnales, aunque a veces pusiera en ellos matices de primavera el recuerdo de sus finos versos. Yo compendíaba su vida en esta estrofa suya:

«Aullan las penas en mi ventana;  
vienen de noche con su oración,  
pero aún alegran en la mañana  
los gorriones en mi balcón.»

No vi a Valle Inclán en los últimos años de su vida. Murió en Compostela, a las dos de la tarde del domingo, 5 de Enero de 1936. Siempre me parece que aun tengo que verle, que aun está pendiente entre nosotros aquella cita, aquel «nos veremos en París...».



Con este recuerdo, tan ameno e interesante como todos, termina el original que el Conde de Canilleros entregó a nuestra revista pocos meses antes de su muerte.